“Sed sagrarios vivientes en este mundo. Llevad a Cristo a todos”.

Una palabra recibida por Isabel sobre la Eucaristía no es algo nuevo, pero sí de agradecer. Es algo que necesitamos, porque no acabamos de valorar el gran misterio de la Eucaristía y el privilegio que constituye el poder tener la presencia viva del Señor en el Sagrario. Eso es lo que todos sabemos, aunque no logramos llevar a cabo esos propósitos de estar más con Él y de vivir esa presencia con mayor intimidad.

Pero si aun sabiendo todo cristiano que eso es así, el Señor nos da una luz que en rigor no es nueva, pero sí que está olvidada en la conciencia de muchos de sus hijos, y se trata de un privilegio del que pocas veces nos servimos: somos además Sagrarios vivos si vivimos en gracia de Dios y adoradores habituales de su Presencia eucarística. Es lo que se denomina inhabitación trinitaria en el alma del justo. Pero para recibir ese conocimiento-convicción que no proviene de la reflexión humana, sino infundido por Dios y que calificamos como consciencia es preciso adorar regularmente al Señor en su Presencia eucarística. La inhabitación trinitaria, misterio -que se ha calificado muy certeramente como el misterio más tierno de nuestra fe- se hace viva y real cuando un fiel recibe con frecuencia los sacramentos de la confesión y la comunión y logra, por la misericordia divina en la presencia eucarística, ser transformado en Templo de Dios Vivo.

Y por fin, una misión fruto de la Presencia del divino huésped en nosotros: ser Sagrarios vivientes nos compromete a comunicar ese don con otras personas. La primera comunicación se hace de modo inconsciente por el ejemplo. Pero el Señor nos invita a llevar a otros ese mismo regalo recibido y no guardárnoslo. Ya se entiende que hemos de hacerlo con suma humildad y preparando con la oración tan delicada y sublime misión. Pero esas precauciones no justifican nuestros miedos.

El director espiritual de Isabel

Palabra de conocimiento recibida por Isabel el domingo 5 de diciembre de 2021

Hoy, después de comulgar, ha venido a mí la oración de adoración y la he rezado en mi interior: "Te adoro, Señor, en todos los sagrarios del mundo, y en todos los lugares donde esta expuesto Tu Santísimo Cuerpo en la custodia. Te adoro, Señor, en este momento de mi vida". Y le he dicho al Señor: ahora soy un sagrario Tuyo. Y entonces he escuchado unas palabras en mi corazón: ***"Sed sagrarios vivientes en este mundo. Llevad a Cristo a todos".***